

LADRONA DE CORAZONES

MARIA ALBERS

Libros de
seda

*Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos,
perdonándoos unos a otros, como Dios también os
perdonó a vosotros en Cristo.*

(EFESIOS 4:32)

CAPÍTULO 1



Londres, 1890

La fría niebla le cubría las pestañas y le humedecía el cabello mientras corría a través de la noche londinense. La calle no estaba iluminada más que por algunas titilantes farolas de gas que dejaban ver las fachadas de ladrillo, las artísticas verjas de hierro forjado y las puertas y ventanas en forma de arco. Pero aquella luz no bastaba para iluminar a Rachel y a sus acompañantes en la oscuridad. Eso era bueno, no querían ser descubiertos. No eran más que sombras ocultas en los rincones.

Los pasos de sus compañeros se ralentizaron, y la propia Rachel también se detuvo sin aliento ante su objetivo. Miró a su alrededor, temía que alguien la hubiera visto. Pero, como siempre, todo se mantuvo en silencio.

Ante ellos se desplegó una hilera de casas. La vivienda hacia la que se dirigía Iván tenía la fachada decorada con columnas blancas y era la más hermosa de toda la calle. Prometía contener un botín abundante.

Iván se acercó a la puerta y, unos segundos después, ya la había forzado. Entonces, indicó al grupo que lo siguiera.

—Edith y Charley, vosotros montaréis guardia —ordenó.

Charley abrió la boca para protestar, pero una sola mirada de Iván bastó para hacerle callar.

Rachel trató de no hacer caso al nudo que se le había formado en el estómago y se adentró en la casa. Aunque lo hacía a menudo, aún no lograba acostumbrarse.

—Las antigüedades están en la primera planta. Neil, Jack, venid conmigo —susurró Iván. A continuación, los tres subieron en silencio las escaleras, cubiertas por una gruesa alfombra.

El resto de los ladrones se apresuraron hacia otras zonas de la casa.

Durante un instante, Rachel se quedó sola en el vestíbulo, admirando los altos techos y la enorme lámpara de cristal del centro. En aquel momento estaba oscura, pero durante el día debía de brillar como un diamante. En las paredes había colgados grandes cuadros con marcos dorados, probablemente de antepasados de alta cuna.

«Son demasiado grandes para llevárnoslos», pensó para sí.

Se oían crujidos, golpes y cajones abriéndose y cerrándose en todas las plantas. Los demás ladrones ya se habían puesto a trabajar.

Pronto, aquella casa dejaría de parecer tan espléndida y majestuosa. Sería el escenario de un delito.

—Deja de holgazanear, Rachel —le reprendió alguien en voz baja.

Enseguida se dirigió hacia el salón que había a su izquierda y se metió en la bolsa un reloj con filigranas y cifras doradas y un jarrón chino azul y blanco. La mala conciencia le susurraba desde el interior de su mente, pero Rachel ya tenía práctica en no hacerle caso.

Se detuvo brevemente ante la repisa de la chimenea, llena de fotos familiares. En una de ellas se veía a un niño que le parecía reconocer de alguna parte. Era un muchacho hermoso de rizos dorados que intentaba desesperadamente mantenerse serio, pero la sonrisa que se le dibujaba en los labios hacía sospechar que, poco después de tomarse la foto, se había echado a reír. La propia Rachel no pudo evitar sonreír, pero enseguida apartó todos los recuerdos que empezaban a aflorarle. No debía pensar en Timmy en aquel momento; si lo hacía, el sentimiento de culpa la superaría. Al fin y al cabo, sabía perfectamente que lo que hacía estaba mal. En realidad, no debería estar allí. Hacía tiempo que debería haber dejado atrás esa vida. Y, sin embargo, seguía siendo una ladrona.

Rachel enterró aquellos pensamientos en lo más profundo de su ser y volvió a ponerse manos a la obra. En el comedor había un armario con la cubertería de plata. Lo vació por completo.

En la cocina se encontró con Nicoletta. Su amiga estaba arrodillada en el suelo, delante de uno de los armarios; la melena rubia le caía sobre los hombros.

—¿Alguien se ha ocupado ya de las joyas del dormitorio? —preguntó Rachel.

—Sí, Harry y Robert se han hecho cargo de los pisos superiores —susurró Nicoletta.

—Bien. —Rachel se agachó para mirar qué había descubierto su amiga, y entonces lo vio: ¡una caja fuerte en el armario de la cocina! Nicoletta se dispuso a abrirla con dedos temblorosos.

—¿Quién tiene una caja fuerte en la cocina?

—Alguien que sabe que nadie la buscaría aquí. —Nicoletta se rio entre dientes.

—Pero ¿tú sí?

—Me dieron un chivatazo.

Rachel la observó mientras hurgaba con la ganzúa en la cerradura. La puerta de la caja fuerte se abrió y Nicoletta mostró una amplia sonrisa. Los ojos azules le brillaban de la emoción. Entonces, sacó todo el dinero de su interior y se lo metió en la bolsa.

Rachel echó un vistazo a su alrededor, pero no vio ningún otro objeto de valor.

De pronto, se escuchó en toda la casa un estallido que rompió el silencio. El grito de dolor que le siguió atravesó a Rachel hasta lo más profundo de su ser. Se dio la vuelta, sobresaltada. Por un instante, se quedó como petrificada. ¿Qué había ocurrido?

Corrió de regreso al vestíbulo y no pudo creerse lo que veía. A los pies de la escalera había un hombre, no, un muchacho, sobre un charco de sangre cada vez más grande. Se había llevado una mano al pecho, donde una mancha de color rojo intenso le teñía la blanca camisa de dormir. Tenía el rostro pálido como el de un cadáver, pero en su mirada aún quedaba vida.

Nicoletta apareció corriendo detrás de Rachel y se le dilató la mirada por el asombro.

—¡Deprisa, vámonos de aquí! —les gritó alguien, pero Rachel estaba paralizada. ¿Quién podría ser? Hasta ahora, nadie les había sorprendido nunca durante un robo.

Entonces, Nicoletta la agarró del brazo y la arrastró con brusquedad hacia la puerta principal.

La calle frente a la casa estaba tranquila y desierta, los demás ladrones ya habían desaparecido en la oscuridad.

—¡Vamos! ¡Tenemos que irnos de aquí! —Nicoletta se echó al hombro la bolsa repleta de objetos de valor y tomó a Rachel de la mano.

—¡Tenemos que ayudarlo de algún modo! —A Rachel le latía el corazón tan rápido que le temblaban las manos. ¡El muchacho se estaba desangrando! La sensación de impotencia la paralizaba todavía más.

—¡Es demasiado tarde! ¡Va a morir de todas formas! —Las duras palabras de Nicoletta conmocionaron a Rachel, pero era cierto: no había nada que pudieran hacer. No obstante, tenía la sensación de que el corazón se le estaba convirtiendo en plomo mientras permanecía allí sin actuar.

—¡Vamos, Rachel! —urgió Nicoletta—. ¿O es que quieres que te atrapen?

El miedo era mayor que la preocupación. Rachel no quería siquiera imaginar lo que pasaría si un policía la encontraba allí. Recuperó el control de las piernas, se recogió la falda y comenzó a correr. Pronto la niebla volvió a rodearla y a amortiguar sus pasos sobre el suelo adoquinado. O quizás el corazón le latía con tal fuerza que ahogaba cualquier otro sonido. Porque, aunque había logrado escapar, sabía que nada volvería a ser como antes.



Aquella noche, Rachel no fue capaz de dormir. Inquieta, no dejaba de dar vueltas en la cama. Una y otra vez, volvía a ver al muchacho

que yacía sobre el charco de sangre. Todavía se estremecía al evocar la imagen. No cabía duda de que el muchacho estaba muerto. Había demasiada sangre.

—Nicoletta, ¿estás despierta? —susurró hacia la otra cama que albergaba la pequeña habitación. La única ventana estaba cubierta con trapos oscuros, de manera que apenas entraba luz de luna para distinguir la silueta de su amiga.

—Sí. ¿Tú tampoco puedes dormir?

—No puedo dejar de pensar en lo que ha ocurrido antes. ¡Uno de nosotros ha matado a ese muchacho!

—Lo sé. Yo también estoy tremendamente escandalizada. Por suerte, parece que nadie en el vecindario oyó el tiro. Cuando nos fuimos, todo seguía en silencio. Todo irá bien, Rachel. —La voz de Nicoletta sonaba totalmente calmada. Nada indicaba que el asunto la atormentara tanto como a Rachel.

—¿Es que no te preocupa en modo alguno?

—Por supuesto que sí —respondió Nicoletta—. Pero siempre corremos un riesgo. Solo intento olvidar este incidente.

Rachel deseó poder sentirse también algo más tranquila. Sin embargo, para ella había sido mucho más que un «incidente». Una persona había perdido la vida.

—¿No crees que, tras un asesinato, la policía nos buscará con mucho más ahínco? Hasta ahora solo habíamos robado, ¡nunca habíamos matado a nadie!

—Hace años que nos buscan. Pero Jasper siempre va un paso por delante. Seguirá protegiéndonos también ahora.

—Eso no durará eternamente. En algún momento nos descubrirán. Y entonces lo que nos espera, en el mejor de los casos, es una vida entera a la fuga. Aunque es más probable que acabemos todos en la cárcel.

En su imaginación, ya se veía sentada en una celda, sobre un duro catre. A través de las rejas de la ventana entraba algo de luz, que iluminaba las paredes húmedas y a una rata que mordisqueaba un trozo de pan duro. La imagen se desvaneció y Rachel se dio cuenta de que aquello no era lo más grave que les podría ocurrir.

—Peor aún, ¡podrían colgarnos a todos por asesinato! —Habla-
ba cada vez más alto, de modo que sus últimas palabras delataron el
pánico que amenazaba con destrozarla por dentro.

—¡Shh! ¡No grites tanto! ¡Vas a despertar a los demás! Las pare-
des son muy finas —susurró Nicoletta.

Las dos contuvieron el aliento unos instantes, pero no se escu-
chó ningún movimiento.

—Entiendo que tengas miedo, pero ¿qué quieres que hagamos?
Solo podemos confiar en Jasper, en que nos saque de esta situación.
Y sé que lo conseguirá.

Rachel respiró profundamente. Confiaba en Jasper. Pero ¿de
verdad estaba preparado para enfrentarse a una situación como
aquella?

—¡Podríamos huir sin más! Estaríamos más seguras lejos de la
banda de ladrones. La policía no podrá saber el número exacto de
miembros. ¡Ni siquiera nos buscarían! —Excepto si alguien les daba
sus nombres. No obstante, ninguno de los demás llegaría tan lejos.

—¿Cómo puedes siquiera pensar en abandonar todo lo que te-
nemos aquí? ¡Esta gente es nuestra familia!

—No, Timothy era mi familia. —La voz de Rachel se quebró
y trató de reprimir las lágrimas que le brotaron nada más pensar en
su hermano pequeño. Debía mantenerse fuerte—. Pero, ahora que
ya no está con nosotros, nada me ata aquí. A la única que no quería
dejar atrás es a ti. ¡Ven conmigo!

—Rachel, no puedo. Mi sitio está aquí, con la banda de
Sherwood. No impediré que te vayas, si es lo que quieres, pero no
puedo irme contigo.

Rachel se encogió, con los hombros inclinados hacia delante.
Era la respuesta que esperaba y temía a partes iguales. Era uno de los
motivos por los que aún no se había atrevido a dejar la banda. No
quería encontrarse sola en el mundo. Sin familia, sin amigos. Y, en
lo más profundo de su corazón, presentía que Nicoletta se quedaría.

No sabía hacer otra cosa más que robar. Ya de niña hurtaba
comida para ayudar a su madre a alimentar a todos sus hermanos.

Ahora ya no tenía contacto con ellos, nunca hablaba de su familia. Rachel no sabía qué había ocurrido. Solo sabía que Nicoletta, como ella misma, no tenía a nadie más.

—¡Pero tu sitio también está conmigo! Juntas podemos lograr cualquier cosa, incluso una vida fuera de la banda.

Durante un largo rato, Nicoletta no dijo nada. Rachel ya pensaba que no iba a responder cuando explicó en un susurro casi imperceptible:

—Llevo en mi interior al hijo de Jasper.

Rachel se quedó boquiabierta. Si bien había notado a menudo lo mucho que Nicoletta admiraba a Jasper, jamás se le había ocurrido pensar que pudiera ser recíproco. ¿Cómo había podido callarse algo así su mejor amiga?

—Sé lo que estás pensando —dijo Nicoletta antes de que pudiera responder nada—. He querido decírtelo desde el principio, pero Jasper insistió en que debíamos mantener nuestra relación en secreto. Pensaba que podría inquietar a los demás miembros de la banda. ¡Me hizo jurar que no se lo contaría a nadie! ¿Me perdonas?

Oír la verdad fue como recibir una puñalada en el corazón. Nicoletta y ella ya no formaban un dúo inseparable, y al parecer había sido así desde hacía bastante tiempo, sin que Rachel se hubiera dado cuenta. Dolía, pero al mismo tiempo también se alegraba por su amiga. Jasper era amable y cariñoso. Siempre estaba dispuesto a escuchar las preocupaciones de cada miembro de la banda.

Cuidaría bien de Nicoletta, mucho mejor de lo que ella jamás podría.

Rachel logró asentir con la cabeza, pero no estaba segura de que Nicoletta lo hubiera visto en la oscuridad.

—¿Entiendes ahora por qué no puedo irme contigo? —continuó su amiga—. No puedo regresar a la sociedad. Además, ¡amo a Jasper! No quiero vivir sin él. Mi sitio está aquí, juntos.

Rachel tragó saliva con dificultad.

—Sí, lo entiendo. ¡Lo ignoraba por completo! Si lo hubiera sabido, jamás te habría pedido que vinieras conmigo.

Recordó a una mujer que había trabajado con ella en el taller de costura, dos años atrás. También se había quedado encinta sin estar casada. Cuando dejó de poder ocultarlo, la despidieron de inmediato. Una semana después, Rachel la vio mendigando en una esquina de la calle. En su mente, el rostro de la mujer se transformó en el de Nicoletta. Se le hizo un nudo en la garganta. Jamás pondría a su amiga en una situación como aquella.

Huir con Nicoletta le había parecido una salida real. Pero ¿sola? ¿Lo conseguiría? ¿Qué pasaría si nadie la contrataba? Tendría que ir a un asilo de pobres y triturar huesos para fabricar abono o alguna otra tarea igualmente agotadora. Y todo eso para lograr tan solo un par de comidas frugales. No tenía claro qué sería peor, si la cárcel o aquello. Antes de acabar así, probablemente volvería a robar alimentos. No obstante, eso tampoco sería mejor que su vida actual. Deseaba con todas sus fuerzas poder ganarse el sustento de una manera honrada. Timothy tampoco hubiera querido que siguiera siendo una criminal durante toda su vida. Una lágrima solitaria se le escapó por el rabillo del ojo.

Justo cuando estaba a punto de perder el valor, volvió a pensar en el muchacho asesinado. En el estallido y en aquel grito estremecedor. En cómo el suelo marmóreo se había teñido de rojo a su alrededor.

¡Había un asesino en la banda! Y no tenía ni la más mínima idea de quién era.

Tras el robo, nadie había pronunciado una sola palabra sobre el asunto. ¿Y si la próxima vez mataba a alguno de ellos? Quizá tenían entre sus filas a un traidor que quería delatarlos a todos. Rachel se enderezó y tensó los hombros. No podía quedarse allí.

—He tomado una decisión, Nicoletta. Me marcharé, aunque te voy a echar muchísimo de menos.

Nicoletta se sentó en la cama.

—No estarás pensando en huir de verdad, ¿no?

—Es de lo que hemos estado hablando todo este tiempo.

—Sí, pero haces insinuaciones parecidas bastante a menudo. No pensé que esta vez lo dijeras en serio.

—Sí, lo digo en serio. —Rachel apenas era capaz de hablar—. Voy a marcharme de la banda de Sherwood.

—Pero ¡Rachel! Piensa en todas las ventajas que tienes aquí. Comida suficiente, ropa bonita, una cama para ti sola... ¿En qué otro lugar has tenido todo eso? ¡Solo aquí!

Otra lágrima resbaló por la mejilla de Rachel, pero se forzó a contener las demás.

—Lo sé —suspiró—. Pero desde que Timmy murió, sueño con una vida diferente. No quiero seguir siendo una ladrona. Y, si no lo intento ahora, nunca volveré a encontrar el valor para hacerlo.

Su amiga también suspiró.

—¿Cuándo quieres marcharte?

—Lo mejor sería hacerlo ahora mismo. —Se puso en pie y, en la oscuridad, buscó a tientas las cerillas para encender la vela que había sobre la cómoda. El frío suelo de madera hizo que se le pusiera la piel de gallina.

—¡Pero si estamos en mitad de la noche!

—Precisamente por eso tengo que hacerlo ahora. ¿Crees que los demás me van a dejar marchar? Por favor, no le digas a nadie que te lo conté. Solo serviría para ponerte en un peligro innecesario.

Nicoletta se quedó callada durante unos segundos.

—De acuerdo, tienes razón. Guarda rápido tus cosas y yo te traeré algo de comer. —Ella también se levantó y salió de la habitación. Rachel oyó crujir las escaleras, pero, para su alivio, todo se mantuvo en silencio en los demás dormitorios.

No tenía mucho que guardar. Lo único que poseía eran dos vestidos, dos faldas, cuatro blusas y unos pocos efectos personales. Por suerte, Jasper consideraba importante que no se les pudiera identificar de inmediato como ladrones; por eso, todos tenían ropa respetable y, a veces, incluso bonita.

Rachel se puso el corsé y se ajustó los lazos por la espalda. Encima se puso una blusa blanca de cuello alto y una falda de lana azul oscuro que acentuaba su estrecha cintura. Para protegerse del viento que silbaba a través de las paredes de madera, se echó sobre

los hombros una bufanda de lana gris. Metió el resto de sus pertenencias en la bolsa de viaje estampada con la que se marchó en su momento del orfanato: eran un cepillo plateado, sus artículos de aseo y un pañuelo de encaje ligeramente amarillento. Antes de guardar en la bolsa ese último artículo, pasó brevemente el dedo sobre las iniciales F. B. bordadas y, después, contempló por última vez la pequeña habitación que había compartido con Nicoletta durante unos meses. Las endebles paredes de ladrillo, sus camas y la cómoda torcida que había entre ellas. Los dos cajones inferiores estaban ahora vacíos. Rachel enderezó los hombros, apagó la vela y salió al pasillo, que tenía una docena más de puertas. Desde el otro lado de la primera, se oía un leve ronquido: los demás parecían estar durmiendo. Pasó a hurtadillas por delante de las habitaciones y bajó las escaleras. Cuando llegó al gran vestíbulo con pilares de acero, Nicoletta la estaba esperando en una de las largas mesas de comedor. Le dio unos panecillos, manzanas y salchichas que Rachel envolvió en papel y metió en la bolsa de viaje junto con el resto de sus cosas.

Sin decir palabra, Nicoletta se dispuso a recoger el cabello de Rachel en un moño en la nuca, como hacía todas las mañanas, aunque con más precipitación y menos elegancia de lo habitual: un gesto de despedida que, a pesar de las prisas, ambas necesitaban. Nicoletta le dejó algunos rizos sueltos para que le enmarcaran el rostro. Rachel echaría de menos que la peinara. A partir de ahora, seguramente sus recogidos fueran más sencillos. Aunque, por encima de todo, echaría de menos a Nicoletta.

Cuando su amiga terminó de peinarla, Rachel alzó la vista y se fijó en que tenía los ojos llorosos. Enseguida se le llenaron también a ella los ojos de lágrimas. Aunque solo hacía un año que se conocían, durante ese tiempo se habían tomado mucho cariño. ¿Volvería a ver a Nicoletta? ¿Cómo le iría con el parto? Rachel deseó poder algún día tomar al niño entre sus brazos. ¡Cuánto le gustaría poder estar a su lado en ese momento! Incapaz de decir nada, abrazó con fuerza a su mejor amiga.

—Tienes que irte ya. No hay tiempo que perder —susurró Nicoletta antes de soltarla.

Rachel lloraba en silencio y seguía sin poder pronunciar palabra, así que se limitó a asentir con la cabeza, dedicarle un gesto de despedida a su amiga y salir de puntillas del viejo almacén. Se estremeció cuando la pesada puerta de madera crujió al abrirse, pero el interior del vestíbulo se mantuvo en silencio. Los demás parecían seguir durmiendo profundamente. Nadie más parecía verse afligido por el miedo o el remordimiento.

Cerró con cuidado la puerta tras de sí y miró hacia la calle. Había niebla y todo estaba tranquilo de un modo lúgubre, como si Londres al completo estuviera conteniendo la respiración y observándola, expectante. Ni siquiera se veían mendigos ni prostitutas, que a menudo ofrecían sus cuerpos hasta altas horas de la madrugada a cambio de unos pocos chelines o incluso de una botella de ginebra. Solo un par de ratas poblaban la gris y sombría calle, bordeada a ambos lados por edificios de varias plantas de ladrillo ennegrecido por el hollín. Olía a basura y a estiércol de caballo, y una corriente de aire traía el olor rancio del cercano Támesis.

A pesar de la desolación, aquellos callejones vacíos eran el primer vistazo de Rachel hacia un futuro mejor. La esperanza de una nueva vida, que, hasta entonces, nunca había sentido con tanta intensidad, le dio fuerzas renovadas. Se limpió las lágrimas de las mejillas y se puso en marcha llena de optimismo. Echó a andar sin mirar atrás y, cuando hubo avanzado dos calles, comenzó a correr tan rápido como le permitieron las piernas.

CAPÍTULO 2



El sargento William McFarlane echó un vistazo al reloj de su mesilla de noche. Las cinco de la mañana. Por fin era lo suficientemente tarde como para poder levantarse. Se incorporó en la cama y se frotó los ojos doloridos. Una vez más, apenas había conseguido dormir. ¿Cuándo acabaría todo aquello?

Bajó las piernas de la cama y se quejó en voz baja. Posó la mirada sobre las fotos y recortes de periódico que cubrían las paredes de su dormitorio. Antes, aquella vista le motivaba de inmediato. Se ponía a trabajar lleno de energía. Sin embargo, tras tantos años de búsqueda infructuosa, la sensación de impotencia ya nunca lo abandonaba.

Apretó el puño con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. ¿Cuándo lograría hacer justicia al fin?

Se puso una camisa de cuello alto, los pantalones y el chaleco de su traje de tres piezas y se dirigió a la habitación contigua. Volvía a estar congelada. La noche anterior se le había olvidado echar leña y el fuego de la chimenea se había apagado hacía tiempo. Aun así, no encendió más que una vela cuya luz titilante se reflejaba sobre el papel pintado color burdeos, las estanterías de libros que había junto a la chimenea y el escritorio del rincón.

Con un suspiro, se sentó en uno de los sillones orejeros frente a la chimenea y agarró el periódico de la tarde anterior, que todavía no había leído. Otros tres robos. Pero ninguno en tiendas. Ni ningún asesinato durante los robos. Aun así, leyó con atención todos los artículos y luego dejó a un lado el periódico con otro suspiro. Solo faltaba una hora para que llegara el periódico de la mañana.

A las seis y media, alguien llamó a la puerta de su habitación.

—¡Adelante! —El tono áspero delató su mal humor.

Su ama de llaves, no obstante, entró a la habitación y fingió no haberlo notado. Era de naturaleza alegre y no se dejaba amedrentar por algo así.

—Un telegrama del inspector.

El sargento lo aceptó y se forzó a dedicarle una sonrisa a la mujer. Ella le devolvió el gesto y le dejó a solas con el telegrama. El inspector quería que fuese a Scotland Yard lo antes posible. En domingo. Aquello solo podía significar una cosa: tenían un nuevo caso. Esperó en vano a sentir la oleada de entusiasmo que, hasta hacía pocos años, le inundaba cada vez.

A pesar de todo, se puso enseguida el abrigo, se colocó el sombrero de fieltro redondo y salió de casa. Respiró hondo, pero, en lugar de aire fresco, lo único que le llegó fue el olor a estiércol de caballo. La ciudad ya se había despertado, y los carruajes y calesas de dos ruedas congestionaban las calles. El canto de los pájaros, que intentaba dar algo de alegría a la mañana, quedaba ahogado por los gritos de los cocheros y los relinchos de los caballos.

William no tardó en encontrar un carruaje vacío, subirse al vehículo e indicarle con un grito su destino al cochero, cuyo asiento se encontraba en la parte trasera de la pequeña cabina:

—¡A Scotland Yard, en Victoria Embankment!

Por encima del traqueteo de las ruedas, oyó a lo lejos el repicar de las campanas de una iglesia. La verdad es que había prometido a sus padres volver a asistir con ellos a misa, pero el inspector Whitman no toleraba ninguna demora cuando se trataba de un nuevo caso. Al fin y al cabo, la semana siguiente tendría otro domingo.

Cuando el joven sargento vio el nuevo e imponente cuartel general de Scotland Yard, con su fachada de ladrillo rojo, le mejoró el ánimo. Volvió a sentir el orgullo de poder trabajar allí. Quizás aquel nuevo caso le permitiría por fin avanzar en sus investigaciones personales.



Entró al despacho con vistas al Támesis que compartía con el inspector. La ventana dejaba entrar bastante luz natural, pero las paredes revestidas de oscuros paneles y la columna de humo que se arremolinaba hacia el techo hacían que la sala pareciera casi una cueva.

Whitman estaba sentado frente a su gran escritorio mientras se fumaba un puro. Con su enorme figura y un bigote bastante poblado, a William le recordaba a una morsa, aunque, por supuesto, jamás se lo dijo.

William carraspeó.

—Buenos días. He oído que tiene novedades.

—Sí, efectivamente. —El inspector Whitman señaló la silla que había frente a él y el sargento se sentó—. Estoy seguro de que habrá oído hablar de la banda de ladrones que lleva años actuando en el West End de Londres, ¿verdad?

—¿Se refiere a esos robos en los que dejan las casas totalmente vacías? ¿De verdad han sido todos perpetrados por la misma banda?

—Sí, eso creemos. Siempre siguen el mismo patrón.

—¿Nos han transferido el caso? —William frunció el ceño. Normalmente no se ocupaban de los robos.

—Exacto. La noche pasada acabó con un asesinato. La presión para cerrar este caso de una vez por todas es enorme.

William sonrió internamente con amargura. Aquello había despertado su interés. Si estos ladrones habían cometido un asesinato, quizá ya lo hubiesen hecho antes. Y tal vez pudiese encontrar más paralelismos con el caso que lo había mantenido cautivo durante tanto tiempo.

—¿Cree que los ladrones se han convertido en asesinos? —preguntó, puesto que tenía curiosidad por ver si el inspector compartía

su opinión—. Hasta ahora nunca había nadie en las casas cuando daban el golpe.

—Por lo visto, en esta ocasión estaban mal informados y les sorprendió la presencia de sus habitantes. Eso quiere decir que han cometido su primer fallo. —El inspector dio una buena calada al puro y exhaló el humo de inmediato—. Y eso, sin duda, les conducirá a cometer más errores. Tengo la absoluta certeza de que los habitantes del West End pronto podrán volver a dormir tranquilos.

—Eso espero yo también. Pero hasta ahora no hemos conseguido ninguna pista sobre la identidad de ninguno de los miembros de esta banda. Creo que no tenemos tiempo que perder, inspector. —William se puso en pie y volvió a tomar el sombrero y el abrigo que había dejado en el perchero junto a la puerta. Su entusiasmo, tanto tiempo desaparecido, había regresado por fin y apenas podía esperar a comenzar la investigación.

—Sí, claro, tiene razón. Tenemos mucho trabajo por delante. ¡Vayamos al lugar de los hechos! —Con un leve suspiro, el inspector Whitman apagó el puro y se levantó con dificultad del sillón.

William se dirigió hacia la puerta sonriendo. Si no conociera tan bien al inspector, pensaría que ya no le entusiasmaba su trabajo. Pero Whitman había dedicado toda su vida a Scotland Yard y tenía muchos éxitos a sus espaldas que lo demostraban. Sin él, Londres sería un lugar mucho más peligroso.



La casa del vizconde de Norgate, donde se había producido el asesinato, era grande y ostentosa, y se encontraba justo en Grosvenor Square. Casi todas las habitaciones tenían una hermosa vista al parque que había en el centro de la plaza. La aromática fragancia de los cipreses perennes flotaba en el ambiente, y los residentes del lugar paseaban por las zonas verdes equipados con parasoles con puntillas y relucientes sombreros de copa.

Sin embargo, aquella imagen pintoresca cambió abruptamente al adentrarse en la casa. En mitad del vestíbulo, al pie de la escalera curvada, yacía un cadáver rodeado por una gran mancha de sangre seca. Para desgracia de William, el suelo de mármol blanco estaba por lo demás totalmente impoluto, sin una sola huella que identificar. Las puertas abiertas del interior de la casa dejaban intuir lo que había pasado la noche anterior. Los cajones estaban abiertos y las repisas vacías dejaban claro que los ladrones se habían llevado un buen botín. En la casa reinaba un silencio sepulcral, como si el propio edificio estuviera conmocionado y aún tuviera que asimilar lo que acababa de ocurrir.

Cuando llegó el inspector, un joven policía lo guio hasta el cadáver y levantó la tela. Debajo había un muchacho, apenas un hombre, con los ojos verdes sin vida abiertos de par en par. William lo recorrió con la mirada e intentó abarcar todos los detalles. Llevaba una bata sobre la camisa de dormir teñida de rojo en la zona del pecho. Estaba descalzo. Probablemente se levantó con prisas y no tuvo tiempo de ponerse las pantuflas. Con la excepción de la herida del pecho, parecía ileso. No había ninguna decoloración a la vista, ni en el rostro ni en las manos. Así que no se había producido ninguna pelea. A aquel muchacho le habían quitado la vida de forma repentina e inesperada. No debería haber muerto aún, era demasiado joven. Igual que lo era Julia.

William maldijo en su interior a los criminales que habían cometido aquel acto.

—¿Quién es la víctima? —preguntó el inspector al policía. El joven abrió y cerró la boca un par de veces hasta que, finalmente, carraspeó.

—Anthony Prescott, señor. Dieciséis años. Un amigo del hijo de lord Norgate. —El joven policía tragó saliva notablemente y las mejillas se le colorearon de un tono verdoso. Volvió a tapar al muerto enseguida. El estómago de William se mantuvo imperturbable, pero no hacía tanto habría reaccionado igual.

—Le dispararon en el pecho. Debió morir casi al instante. —El inspector echó un inquisitivo vistazo a todo el vestíbulo—. ¿Dónde está lord Norgate?

—Se encuentra en el salón. Lo llevaré con él —respondió el policía, con el rostro todavía pálido.



Henry Higginbottom, quinto vizconde de Norgate, resultaba una persona imponente. Nada más entrar al salón, William se dio cuenta de que su presencia llenaba toda la habitación. Caminaba de un lado a otro con la cabeza alta y, de vez en cuando, anotaba algo en un librito. A pesar de que ya tenía arrugas en el rostro y el cabello cano, su mirada azul parecía totalmente despierta y bastantes años más joven.

En el salón hacía algo de frío, pero, al contrario que en el resto de la casa, no parecían quedar restos del caos. Quizá lord Norgate ya se hubiera encargado de que lo ordenaran todo. Apenas quedaba nada de valor en la habitación, aunque los ladrones habían dejado algunos objetos personales de la familia. William se fijó en unas fotografías que había sobre la repisa de la chimenea. Estaban todas allí, a pesar de que los marcos eran de plata.

—Los estaba esperando, caballeros —dijo lord Norgate mientras escribía algo más en el cuaderno—. Por favor, siéntense, aunque me temo que no podré contarles gran cosa.

—Aun así, nos gustaría escuchar lo que vio, lord Norgate —comenzó el inspector, para a continuación sentarse en un amplio sillón.

Lord Norgate siguió caminando despacio por la habitación.

—Anoche no estaba aquí. Por eso, en realidad no hay nada que pueda contarles.

—¿Quién estaba en casa entonces? —preguntó William.

—Mi hijo menor y su pobre amigo. Por supuesto, también había algunos sirvientes, pero todos estaban durmiendo en la última planta. Ninguno se enteró de nada. El disparo despertó a varios, pero para entonces ya era demasiado tarde.

—¿No tiene más hijos? —preguntó el inspector.

—Tengo un hijo mayor, George. Pero tiene más de treinta años y ya no vive aquí. —El vizconde abrió los cajones de uno de los aparadores, suspiró y anotó algo más en el cuaderno.

—También tendremos que hablar con él —dijo William. Le resultaba extraña la actitud calmada de lord Norgate. La mayoría de la gente se mostraría totalmente afectada y asustada tras descubrir que han entrado a robar en su casa. ¡Y aquí incluso había muerto una persona! No obstante, un miembro de la Cámara de los Lores tenía que hacer gala de su autocontrol.

—George está muy ocupado con sus estudios de Derecho en Oxford. Pero, si es necesario, se lo comunicaré. ¿Qué quieren de él?

—Milord, solo queremos preguntarle si tiene alguna sospecha sobre quién podría saber que usted no estaría en casa —respondió el inspector Whitman.

—El hecho es que no lo podía saber nadie. No le dije a nadie a dónde iba; podría decirse que era un asunto privado.

—¿Y dónde estaba? —preguntó el inspector.

—¿Acaso piensa que yo he tenido algo que ver con esto? —Por primera vez, lord Norgate miró directamente al inspector.

—¡No, por supuesto que no! —se apresuró a replicar Whitman—. Es solo que, hasta ahora, la banda de ladrones siempre ha sabido cuándo los residentes no estarían en casa. Nunca se habían encontrado con nadie. Es la primera ocasión en la que estaban mal informados. Y, si supiéramos dónde estuvo usted, quizá podríamos comprender de dónde recibe información la banda.

Lord Norgate respiró hondo y se sentó en el sillón de enfrente del inspector.

—Lo entiendo. Pero me temo que se trata de un asunto altamente privado. No obstante, en el lugar en el que estuve jamás he mencionado cuándo estaré o no estaré en casa, y el establecimiento es muy discreto en lo que a mis citas allí se refiere.

William frunció el ceño.

—¿Podría ser un poco más concreto? ¿Qué tipo de establecimiento es?

El vizconde suspiró.

—Mi esposa falleció hace dieciséis años, y a veces me siento algo solo, si entiende lo que quiero decir. Y, por supuesto, no le cuento a nadie a dónde voy. Le ruego que considere esta información confidencial.

—Por supuesto —le aseguró Whitman.

William nunca había visitado una casa de citas y esperaba de todo corazón no tener que hacerlo tampoco durante esta investigación.

—Además, no creo que esta vez los ladrones se hayan informado de ningún modo —continuó lord Norgate enseguida—. Porque mi hijo Arthur pasa en casa todos los fines de semana.

—¿Es también habitual que algún amigo suyo pase la noche con él? —preguntó William.

—No, eso no. Pero los padres de Anthony están de viaje en estos momentos y él no quería ser de los pocos alumnos que se quedan en la escuela el fin de semana. Con nosotros siempre era bienvenido. Era un buen muchacho. Va a ser un golpe terrible para sus padres.

William podía imaginarse bien su dolor. La opresión de su corazón le recordó su propia pérdida.

—En efecto. —El inspector Whitman juntó las manos con aire pensativo—. Milord, solo tenemos una última pregunta. ¿Podría facilitarnos una lista de los objetos robados? Así podremos identificar más fácilmente los que aparezcan en el mercado negro.

—Por supuesto, ya he empezado a prepararla. —Lord Norgate señaló el cuaderno—. Lo que más me sorprende, sin embargo, es que los ladrones encontrasen mi caja fuerte. Pedí deliberadamente que me la instalasen en la cocina, ya que pensé que allí nadie la buscaría.

William se sorprendió también.

—Pero eso significa que los ladrones disponían de información específica. Quizá solo estaban mal informados sobre la presencia de Arthur y Anthony.

El inspector Whitman le hizo un gesto con la cabeza.

—¿Han robado algún documento importante? —le preguntó a continuación a lord Norgate.

—No, por suerte solo dinero en metálico. Aunque, por desgracia, una gran cantidad. Supongo que eso será imposible de recuperar. —El vizconde suspiró profundamente—. Pero confío en encontrar mi colección de antigüedades. Sería una pena perderla, sobre todo los artefactos del antiguo Egipto.

—Haremos todo lo posible, milord. Ahora solo nos queda hablar con su hijo Arthur. ¿Sería posible? —El inspector Whitman se levantó del sillón con gran esfuerzo.

—Está arriba, en su dormitorio. No quería quedarse aquí abajo. Pero dijo que podían subir a verlo cuando quisieran. —Lord Norgate también se levantó y volvió a sacar el cuaderno para continuar el recorrido por la casa.



La planta superior estaba igual de revuelta que la mayor parte de la planta baja. Había armarios abiertos por todas partes, y la ropa y las sábanas, antes cuidadosamente ordenadas, estaban ahora desperdigadas. Las superficies vacías permitían intuir dónde había habido valiosos jarrones y otras obras de arte.

La habitación de Arthur Higginbottom se encontraba en la parte trasera de la casa, y parecía que los ladrones no habían llegado hasta allí. Sobre la repisa de la chimenea había dos jarrones de porcelana y un cuadro con un marco dorado. La protagonista de la habitación era una cama con dosel con postes artísticamente tallados.

Arthur estaba sentado frente a la ventana, en un sillón orejero verde oscuro desde donde se veía el patio trasero. Miraba fijamente hacia fuera y parecía tener las mejillas húmedas, pero se secó enseguida las lágrimas cuando notó la presencia de los policías. En el enorme sillón, el muchacho tenía aspecto de sentirse totalmente perdido, pero a William le pareció admirable su esfuerzo por mantener la compostura. Todavía debía de estar sufriendo con fuerza la conmoción. ¿De cuánto habría sido consciente durante la noche? ¿Habría llegado incluso a ver a los ladrones?

Sin poder evitarlo, William se preguntó por qué el padre de Arthur estaría haciendo inventario en el salón en lugar de consolando a su hijo.

—¿Arthur Higginbottom? Soy el inspector Whitman y este es el sargento McFarlane. Estamos a cargo de la investigación del caso. ¿Le parece bien si le hacemos algunas preguntas?

El muchacho se enderezó en el sillón y carraspeó un poco.

—El policía de abajo ya me dijo que pronto alguien hablaría conmigo. Pero no sé si podré ayudar en algo. —Volvió a hundirse sobre sí mismo y se encogió de hombros a modo de disculpa.

Los dos policías se sentaron junto a él. Esperaban que aquello no hubiera sido demasiado para el muchacho. William no le desearía a nadie que viviera algo así. Y mucho menos a una edad tan temprana.

—¿Por qué no empieza contándonos lo que ocurrió la noche pasada? Quizá sea más útil de lo que cree —propuso el sargento.

Arthur volvió a carraspear y comenzó a explicárselo, titubeante:

—La noche del viernes, Anthony vino a visitarnos. Quería quedarse hasta hoy. —El muchacho se sorbió levemente la nariz y después se limpió—. El dormitorio de invitados está más cerca de la galería. Por eso él escuchó a los ladrones antes que yo. Hacia las dos de la mañana, Anthony me despertó. Me dijo que había gente en la casa y que debía levantarme enseguida. Luego desapareció por el pasillo. Antes incluso de poder levantarme, oí el disparo y el grito. Después, me pareció oír cómo Anthony se caía por las escaleras. Corrí hacia la galería y vi a los ladrones huir de la casa. Y abajo, al pie de las escaleras, estaba Anthony...

A William comenzó a latirle el corazón con fuerza. Por primera vez, alguien había visto a los ladrones. Trató en vano de no albergar esperanzas mientras pronunciaba la siguiente pregunta:

—¿Podría describir a alguno de los ladrones?

—Por desgracia, no. Lo único en lo que fui capaz de fijarme fue en Anthony. Intenté detener la hemorragia, pero llegué demasiado tarde. Ya había perdido demasiada sangre. —Se estremeció—. Es una imagen que nunca olvidaré.

William contuvo un suspiro. Entendía al muchacho. En un momento así, nadie prestaría atención a los ladrones. No obstante, se sintió decepcionado. Los ladrones —los asesinos— habían vuelto a escapar sin que nadie los identificara.

—Muchas gracias por dedicarnos su tiempo. Si se le ocurre algo más, por favor no dude en ponerse en contacto con nosotros. —Con estas palabras, el inspector Whitman se despidió, y William lo siguió fuera.

—¿Y bien, sargento? ¿Qué opina?

—Creo que la declaración del señor Higginbottom confirma lo que ya sabíamos. Parece que el asesinato ocurrió muy rápido y que los ladrones huyeron precipitadamente. Se vieron sorprendidos por la presencia del señor Prescott, lo mataron y desaparecieron enseguida.

—Eso mismo pensaba yo. Muy bien, sargento. —William asintió con la cabeza en señal de reconocimiento y miró a su alrededor cuando llegaron a la plaza que había frente a la casa. Frente a ellos, pasó un majestuoso carruaje tirado por cuatro caballos de un negro brillante que resplandecía bajo el sol—. Lo siguiente que deberíamos hacer es hablar con los vecinos. Con un poco de suerte, alguien habrá visto algo.

Una descripción física supondría un gran avance en el caso. La banda llevaba años cometiendo delitos sin que hubieran logrado atrapar a ninguno de sus miembros. Scotland Yard no tenía ni la más mínima información sobre ellos. Lo único que sabían era que siempre actuaban con un objetivo claro, de forma efectiva y sin escrúpulos. Sin embargo, puesto que sabían tan poco sobre esta banda, todo era posible. Incluso que hubieran estado involucrados en la muerte de Julia. Actuaban con un objetivo claro, de forma efectiva y sin escrúpulos. Todo aquello también se aplicaba a los criminales que cargaban con su muerte en la conciencia. Y este asesinato con robo tenía algo más en común.



El inspector Whitman se dirigió sin rodeos hacia la casa contigua de Grosvenor Square y llamó al timbre. Apenas unos segundos después, la puerta se abrió y un viejo mayordomo de cabello cano los miró altivamente.

—¿Sí? ¿Qué desean?

—Buenos días. Venimos de Scotland Yard y nos gustaría hablar con los residentes de esta casa.

—¿Se refiere a lord y lady Whitehall?

—Eso es.

El mayordomo abrió del todo la puerta y, con un movimiento del brazo, los invitó a pasar.

—Si no les importa esperar en el salón.

William entró a la habitación detrás de Whitman. Adornada con marcos dorados, pesadas cortinas de terciopelo, muebles tapizados y mesitas de caoba distribuidos por todo su espacio, ofrecía un ambiente cálido y señorial.

Acababan de sentarse cuando el mayordomo regresó seguido de una pareja de mediana edad. Tanto él como Whitman volvieron a levantarse enseguida y se presentaron.

—¿Así que es cierto que hubo un robo en la casa de al lado? —preguntó lord Whitehall con el rostro pálido. Condujo a su esposa hasta uno de los sofás y se sentó a su lado. El opulento vestido bordado de la mujer y su cabello artísticamente recogido no lograban ocultar su expresión temerosa ni el temblor de su cuerpo. En contraste con la colorida apariencia de lady Whitehall, su esposo, con el cabello castaño grisáceo y un traje gris de tres piezas, parecía totalmente anodino.

El inspector Whitman asintió en señal de confirmación.

—Nos gustaría preguntarles si quizá vieron u oyeron algo la noche pasada. Aunque no parezca importante, cualquier pista podría ser útil.

Cuando lord Whitehall negó con pesar y lady Whitehall no rompió su silencio, William dejó caer los hombros. Cantar victoria a la primera habría sido demasiado pedir.

—He dormido durante toda la noche y no he notado nada particularmente inusual —dijo lord Whitehall—. ¿Y tú, querida?

Lady Whitehall también se limitó a negar con la cabeza.

—Yo también he dormido toda la noche. Pero mi doncella mencionó que algunos sirvientes oyeron lo que parecía un disparo —dijo con voz temblorosa—. ¿De verdad se produjo un disparo?

—Lamentablemente, sí. Dispararon a un amigo de la escuela de Arthur Higginbottom. —William trató de mantener un tono neutro para no inquietarlos más, pero fracasó estrepitosamente.

—¿Le dispararon? ¡Pero eso es terrible! —exclamó lord Whitehall mientras su esposa se levantaba de golpe del sofá y dejaba escapar un grito histérico.

William corrió a su lado y le dirigió algunas palabras tranquilizadoras. Finalmente, logró convencerla de que volviera a sentarse y respirara hondo. Sentía lástima hacia aquellas personas, cuyas tranquilas vidas se habían visto sacudidas por semejante conmoción y que ya no se sentirían seguras en su propia casa. A la vez, su frustración aumentaba a cada instante. Llevaban demasiado tiempo allí y no habían descubierto nada nuevo.

—Lady Whitehall, antes comentó que algunos de los sirvientes oyeron el disparo —dijo, cuando sintió que podía seguir preguntando—. ¿Sería posible hablar también con ellos?

Le alivió comprobar que la nueva mención al disparo no hizo que volviera a perder los nervios.

La mujer hizo sonar una campanita para llamar al mayordomo al salón.

—James, llame por favor a todos los sirvientes y hágalos venir al salón.

—Muy bien, *milady*. —Hizo una reverencia y se marchó de la habitación.

Regresó escasos minutos después, y William se alegró enormemente cuando nueve personas más entraron al salón detrás de él. Con tal cantidad de personal, alguien debió de haber visto algo, o quizás incluso haber oído algún nombre.

Los sirvientes, ataviados con immaculados delantales blancos y libreas negras, se alinearon frente a una de las paredes.

—Estos señores de Scotland Yard quieren hacerles a todos ustedes algunas preguntas —dijo lord Whitehall mientras le agarraba la mano a su esposa, que aún temblaba con fuerza.

El inspector Whitman carraspeó y miró a la cara uno a uno a todos los empleados.

—Como supongo que ya saben, la noche pasada se produjo un robo en la casa de lord Norgate. Ocurrió hacia las dos de la madrugada. Nos gustaría preguntarle a cada uno de ustedes si oyeron o vieron algo inusual anoche. —Miró al mayordomo con aire exhortativo, pero el hombre negó con la cabeza.

—Lamento tener que decepcionarlo, caballero. Pero pasé toda la noche durmiendo y hasta esta misma mañana no me llegaron los rumores.

William dirigió la mirada hacia la siguiente persona de la fila, el ama de llaves. No iba a desanimarse todavía.

La mujer, de mediana edad, dio un pasito hacia delante y carraspeó.

—Yo escuché algo por la noche. Debían de ser poco más de las dos. Al principio no logré identificar el ruido, pero ahora creo que debió de ser el disparo lo que me despertó. Después oí algunos gritos y pensé que me había quedado dormida. Pero luego se tranquilizó todo y me volví a acostar.

Whitman asintió en agradecimiento por su ayuda. A continuación, miró al ayuda de cámara, cuyo relato fue muy similar al del ama de llaves.

La siguiente en la fila era la institutriz.

—Mi dormitorio está junto a la sala de estudio, en la segunda planta, no en el ático como los de los demás empleados. Por eso me desperté antes. Primero oí algunos ruidos en la casa de los vecinos (ajeteo y pasos fuertes) y, poco después, algo que distinguí claramente como un disparo. Enseguida corrí hacia la ventana, pero desde mi dormitorio solo se ve el patio trasero. Allí no había nada que ver. Los ladrones debieron huir hacia la plaza, por la puerta principal.

William llevaba conteniendo la respiración, expectante, desde que la mujer empezó a hablar. Decepcionado, volvió a respirar con normalidad. Cuantos más relatos oía, más le costaba mantener una sonrisa atenta e interesada.

El cocinero, la doncella y las criadas tampoco pudieron aportar ninguna pista. O se despertaron muy tarde, o no se despertaron en modo alguno o no pudieron ver nada desde sus ventanas.

Cuando el último de los sirvientes, la ayudante de cocina, hubo terminado, Whitman se levantó y les dio las gracias a todos. A continuación, lord Whitehall dio permiso a sus empleados para marcharse del salón.

Tras cerrarse la puerta, volvió a dirigirse a los investigadores.

—Siento que no hayamos podido serles de más ayuda, inspector.

—No se preocupe, milord. Estoy seguro de que encontraremos a alguien que viera algo. Al fin y al cabo, en Grosvenor Square vive bastante gente. —Whitman se puso en pie para despedirse y William hizo otro tanto.

Lady Whitehall se quedó sentada en el sofá mientras se refrescaba con un abanico. Parecía que aún no había superado la conmoción.

Cuando William volvió a encontrarse en la calle, enderezó los hombros e intentó mantenerse positivo. Era la primera casa a cuyos residentes interrogaban. Seguro que pronto tendrían más suerte. Lo esperaba por Anthony Prescott y por lord Norgate, pero también por sí mismo. Porque ¿qué haría si tampoco lograban dar con ningún rastro de aquella banda?